

Ver todo esto relativo a Lord Byron
y ello muy conveniente para describir el
mismo de forma

CAPITULO II

Lord Byron.

- I. El hombre.—Su familia.—Su carácter apasionado.—Sus amores precoces.—Su vida de excesos.—Su carácter militante.—Su rebeldía contra la opinión.—*English Bards and Scottish Reviewers*.—Sus jactancias y sus imprudencias.—Su matrimonio.—Desencadenamiento de la opinión contra él.—Su partida.—Su vida política en Italia.—Sus tristezas y sus violencias.
- II. El poeta.—Sus razones para escribir.—Su manera de escribir.—Cómo su poesía es personal.—Su gusto clásico.—Cómo le sirvió ese gusto.—*Childe Harold*.—El héroe.—Los paisajes.—El estilo.
- III. Sus pequeños poemas.—Sus procedimientos oratorios.—Sus efectos melodramáticos.—Verdad de los paisajes.—Sincoridad de los sentimientos.—Pinturas de las emociones tristes y extremas.—Idea reinante de la muerte y de la desesperación.—*Mazeppa, El Prisionero de Chillon, El Sitio de Corinto, El Corsario, Lara*.—Analogía de esta concepción con las del Edda y de Shakespeare.—*Las Tinieblas*.
- IV. *Manfredo*.—Comparación entre el *Manfredo* de Byron y el *Fausto* de Goethe.—Concepción de la leyenda y de la vida en Goethe.—Carácter simbólico y filosófico de su epopeya.—En qué le es inferior Byron.—En qué le es superior.—Concepción del carácter y de la acción en Byron.—Carácter dramático de su poema.—Oposición entre el poeta del universo y el poeta de la persona.
- V. Escándalo en Inglaterra.—La cohibición y la hipocresía de las costumbres.—Cómo y según qué ley varían las concepciones morales.—La vida y la moral meridional.—*Beppo*.—*Don Juan*.—Transformación del talento y del estilo de Byron.—

Pintura de la belleza y de la felicidad sensible.—*Haydeea*.—Cómo combate el *cant* británico.—Cómo combate la hipocresía humana.—Idea del hombre.—Idea de la mujer.—*Doña Julia*.—*El Naufragio*.—*La Toma de Ismael*.—Naturalidad y variedad de su estilo.—Exceso y fatiga de su estro.—Su teatro.—Su marcha á Grecia y su muerte.

VI. Puesto de Byron en su siglo.—La enfermedad del siglo.—Las diversas concepciones de la felicidad y de la vida.—La respuesta de las letras.—La respuesta de las ciencias.—Equilibrio futuro de la razón.—Concepción moderna de la naturaleza.

I

He reservado el más grande y el más inglés de esos artistas; es tan grande y tan inglés, que por sí solo nos enseñará sobre su país y sobre su tiempo más verdades que todos los otros juntos. Se han maldecido sus ideas durante su vida; se ha tratado de denigrar su genio después de su muerte. Hoy aún son injustos con él los críticos ingleses. Combatió toda su vida contra el mundo de donde salió, y durante su vida, como después de su muerte, ha sufrido la pena de los resentimientos que provocó y de las aversiones que hizo nacer. Un crítico extranjero puede ser más equitativo, y elogiar libremente la mano poderosa cuyos golpes no ha sentido.

Si hubo un alma violenta y locamente sensible, pero incapaz de sustraerse á sí propia; siempre trastornada, pero en un recinto cerrado; predestinada por su nativa fogosidad á la poesía, pero limitada por sus barreras naturales á una sola especie de poesía, ese alma es la suya.

Esa propensión á las emociones extremas era en él

un legado de familia y un efecto de educación. Un tío suyo, especie de maníaco arrebatado y misántropo, mató en un duelo de taberna, á la luz de una vela, á Mr. Chaworth, pariente suyo, y compareció ante la Cámara de los Lores. Su padre, licencioso y brutal, quitó la mujer á lord Carmarthen, arruinó y maltrató á miss Gordon, su segunda mujer, y después de vivir como un loco y como un mal hombre, se fué á morir al continente, llevándose el último dinero de su familia. La madre, en sus momentos de furor, desgarraba sus sombreros y sus vestidos. Cuando murió su desdichado marido, estuvo á punto de perder la razón, y se oían sus gritos en la calle. Qué infancia llevó Byron en el antro de «aquella leona», en medio de qué tempestades de insultos entrecortados por enternecimientos vivió aquel niño que era no menos apasionado y más amargo, sería largo de contar. La madre corría tras él, le llamaba pillete, vociferaba y le tiraba á la cabeza la paleta y las tenazas. El se callaba, saludaba y devoraba el ultraje. Un día que se hallaba poseído de «una de sus rabias silenciosas», hubo que arrancarle de la mano un cuchillo que había cogido de la mesa, y que se llevaba ya al pecho. Otra vez el altercado fué tan terrible, que hijo y madre, cada cual por su lado, se fueron á la botica para «saber si el otro había ido á buscar veneno con que matarse, y para advertir al boticario que no se le vendiese». Cuando fué á las escuelas, dice él mismo, «sus amistades fueron pasiones». Muchos años después no oía pronunciar el nombre de Clare, uno de sus antiguos condiscípulos, «sin que le latiese el corazón». Veinte veces se sacrificó por sus amigos, ofreciendo su tiempo, su pluma, su bolsa. Un día, en Harrow, uno de los mayores daba una paliza á su querido Peel en el mollar del brazo,

que había retorcido á fin de hacerle más sensible. Byron, demasiado pequeño para luchar con el verdugo, se acercó á él, encendido de ira, saltándole las lagrimas, y con voz temblorosa le preguntó cuántos golpes quería dar. «¿A ti qué te importa, tunantuelo?—Es que, si hacéis el favor (dijo Byron, extendiendo el brazo), yo quisiese recibir la mitad.» La generosidad rebosaba en él como todo. «Jamás (dice quien le conoció íntimamente en su juventud), jamás encontraba un desgraciado sin socorrerle (1).» Más tarde, en Italia, de 100.000 pesetas que gastaba, daba 25.000. Las fuentes vivas de aquel corazón estaban demasiado llenas, y al menor choque derramaban impetuosamente el bien ó el mal. A los ocho años, como Dante, se enamoró de una niña llamada María Duff. «¿No es extraño (escribía diez y siete años después) que yo me enamorase tan completa, tan perdidamente, de aquella niña en una edad en que no podía sentir el amor, ni saber la significación de esa palabra?... Me acuerdo de todo lo que nos declamos el uno al otro, de nuestras caricias, de sus facciones; yo no tenía ya reposo, no podía dormir... Mi angustia y mi amor eran tan violentos, que á veces me pregunto si he vuelto á sentir otra pasión verdadera... Cuando más tarde supe su matrimonio, la noticia fué como un rayo; me ahogaba, caí medio convulso.» De igual suerte, cuando á los doce años amó á su prima Margarita Parker, perdió el sueño, no comía ya. «Yo tenía motivos para creer que me amaba, y, sin embargo, la gran preocupación de mi vida era pensar en el tiempo que transcurriría hasta nuestro próximo encuentro. ¡Y nuestras separacio-

(1) Moore, t. I, p. 121, año 1807.

nes eran de unas doce horas! Pero yo era un loco entonces, y hoy no soy mucho más cuerdo.»

No lo fué nunca: lecturas enormes en el colegio, ejercicios violentos después en Cambridge, en Newstead y en Londres, vigiliadas prolongadas, regodeos y ayunos excesivos, régimen destructor; se precipitaba á ciegas hasta el fondo de todos los gustos y de todos los excesos. Como era dandy, y uno de los más brillantes, se dejaba morir de hambre por temor de engordar, y luego bebía y comía hasta atiborrarse en las noches de abandono. «Los dos días antes (dice una vez su amigo Moore) Byron no había tomado más que algunos bizcochos, mascando almáciga para calmar su estómago. Habiéndose sentado á la mesa, se circunscribió á los cangrejos de mar, y acabó dos ó tres por su parte, bebiendo unas veces en los intermedios una copita de aguardiente fuerte, otras veces un vaso grande de agua muy caliente, para volver después al aguardiente puro; se bebió hasta media docena de copas; luego despachamos entre los dos dos botellas de Burdeos, y nos separamos hacia las cuatro de la mañana.» Otra vez se encuentra en su diario el apunte siguiente: «Ayer comida |con Scrope Davis en El Coco. Desde las seis hasta las doce de la noche en la mesa. Bebimos una botella de champagne y seis de Burdeos. Ninguno de esos vinos me hace gran efecto.» Más adelante, en Venecia: «Apenas si he cerrado los ojos en toda la semana última. He tenido algunas aventuras curiosas de carnaval. Gastaré la mina de mi juventud hasta el último filón, y después... buenas noches. He vivido; estoy contento.» A ese paso se gastan los órganos, y no bastan para repararlos intervalos de templanza. Se echa á perder el estómago; se desconciertan los nervios; el alma mina la máquina, y ésta mina

el alma á su vez. «Me despierto siempre (escribía en Italia) en un verdadero acceso de desesperación y de hastío por todas las cosas, aun por lo que me agradaba la vispera. En Inglaterra, hace cinco años, padecí la misma especie de hipocondría, pero acompañada de una sed tan violenta, que en una noche me bebí hasta quince botellas de agua de seltz, después de haberme metido en la cama, sin dejar de tener sed, y haciendo saltar el cuello de las botellas por pura impaciencia de beber...» Así viven esas almas vehementes, incesantemente batidas y destrozadas por su propia impetuosidad, como bala detenida que gira y parece quieta, de puro veloz, pero que, al menor obstáculo, salta, rebota, lo pulveriza todo, y acaba por enterrarse. El más penetrante de los observadores, Beyle, que vivió con él varias semanas, dice que en ciertos días estaba loco; otras veces, en presencia de las cosas bellas, aparecía sublime. Aunque altanero y contenido, la música le hacía llorar. El resto del tiempo, las pequeñas pasiones inglesas, el orgullo de clase, v. gr., la vanidad del dandy, le sacaban de quicio: no hablaba de Brummel «sino con un estremecimiento de envidia y de admiración». Pero, pequeña ó grande, la pasión del momento se precipitaba sobre su espíritu como una tempestad, le levantaba, le arrebatava hasta la imprudencia y hasta el genio. En su diario, en sus cartas familiares, en toda su prosa involuntaria, palpitan la viveza del ánimo, la cólera, el entusiasmo; el grito de la sensación vibra en las menores palabras; desde Saint-Simon no se han visto confidencias más vivas. Todos los estilos parecen descoloridos, y todas las almas parecen inertes al lado de ésta.

En esa magnífica carrera de facultades desenfrenadas y desbandadas que saltan á la ventura y parecen

lanzarle indiferentemente á los cuatro puntos del horizonte, hay una que toma las riendas, y le precipita contra el muro en que se estrelló. «¡Pobre Byron!» (decía Walter Scott) (1). Era hombre de un corazón verdaderamente bondadoso, de los mejores y más entrañables sentimientos. Se ha perdido miserablemente por su desprecio insensato de la opinión. La oposición pública, en vez de advertirle y contenerle, no servía más que para excitarle á empeorar las cosas. Es como si hubiese dicho: «¡Ah! ¿con que no os gusta esto? Bien; pues vais á tener doble.» Ese instinto de rebelión está en la raza; todo un haz de pasiones salvajes, nacidas del clima, le alimentan: el humor negro, la imaginación violenta, el orgullo indomable, el amor al peligro, la necesidad de la lucha, la exaltación interior que no se sacia más que con la destrucción, y esa locura sombría que impulsaba á los *berserkers* escandinavos cuando, en una barca abierta, bajo un cielo hendido por el rayo, se entregaban á la tempestad cuyo furor respiraban. Ese instinto está en la sangre: se nace así, como se nace león ó alano. Byron era aún una criatura de saquito, cuando su nifera le riñó duramente por haber ensuciado un saco nuevo que acaba de ponerse. Le acometió una de sus rabias silenciosas, cogió el saco con las dos manos, le desgarró de arriba abajo, y se plantó ceñudo delante de la otra, que gritaba, para desafiarla mejor. Reventaba de orgullo. Cuando á los diez años heredó el título de lord, y por primera vez se pronunció su nombre en la escuela antecedido del título de *dominus*, no pudo dar la respuesta ordinaria: *adsum*; permaneció inmóvil entre sus condiscipulos, que abrían desmesuradamente los ojos, y acabó

(1) Lockart, *Life of W. Scott*, II, 233.

por romper á llorar. Otra vez, en Harrow, con motivo de una disputa que dividía la escuela, dijo un alumno: «Byron no quiere venirse con nosotros, porque no le gusta ser el segundo en ninguna parte.» Le ofrecieron el mando, y sólo entonces se dignó tomar partido. No tolerar superiores nunca, levantarse contra la menor apariencia de intrusión ó de ascendiente, mantener su persona, á toda costa, inviolable hasta el fin y contra quienquiera, saltar por todo antes que dar una muestra de sumisión: he ahí su fondo. Por eso estaba dispuesto á sufrirlo todo antes que dar una muestra de flaqueza. A los diez años era estoico, por orgullo. Le enderezaban el pie dolorosamente en una máquina de madera mientras daba la lección de latín, y el maestro le compadecía. «No os dé cuidado, Mr. Roger (dijo el niño); no me lo conoceréis en la cara.» Tal era de niño; tal fué de hombre. Moral y físicamente, lucha ó se prepara á la lucha. Todos los días, durante largas horas, tira á la pistola, se ejercita en el sable ó en pugilato, corre y salta, monta á caballo, domina resistencias. Esas son las hazañas de sus manos y de sus miembros; pero necesita otras. A falta de enemigos, se encara con la sociedad y la hace la guerra. Se sabe á qué extremos llegaba entonces la intolerancia de las opiniones reinantes.

Inglaterra estaba en lo fuerte de su guerra con Francia, y creía combatir por la moral y la libertad. A sus ojos, en aquel momento, la Iglesia y la constitución son cosas santas. ¡Guárdese nadie de tocar á ellas, si no quiere convertirse en enemigo público! En medio de ese acceso de pasión nacional y de severidad protestante, todo el que pregona ideas ó costumbres libres parece un incendiario, y levanta contra sí el instinto de los propietarios, las doctrinas de los mora-

listas, los intereses de los políticos y las preocupaciones del pueblo. Pues ese momento escoge Byron para elogiar á Voltaire y á Rousseau, admirar á Napoleón (1), declararse escéptico, abogar por la naturaleza y el placer contra el *cant* y la regla, decir que la alta sociedad inglesa, disipada é hipócrita, habla enfáticamente y hace matar hombres por conservar sus prebendas y sus «burgos corrompidos». Como si no bastaran los odios políticos, todavía se crea enemistades literarias, ataca al cuerpo entero de los críticos, difama la nueva poesía, declara que los más célebres son «claudianos, gentes del bajo imperio», se ceba en los *lakistas*, y tiene un enemigo venenoso é infatigable en Southey. Así rodeado de adversarios, se encuentra expuesto á ataques por todas partes. Por odio al *cant*, por reto, se presenta como baladrón de vicios. Se pinta en sus héroes, pero con negros colores, en términos que nadie puede menos de reconocerle y de creerle mucho peor de lo que es. Walter Scott escribe, después de haber leído *Childe Harold*: «Poema de gran mérito, pero que no da buena idea del corazón ni de la moral del escritor. El vicio debería ser un poco más modesto, y se necesita una insolencia casi tan grande como los talentos del noble lord para pedir gravemente que se le compadezca por el enojo y el hastío que ha sacado de la compañía de sus comensales y concubinas. Es también una vanidad monstruosa decirnos á nosotros, seres inferiores, que nuestros nimios y rancios escrúpulos y nuestros preceptos de templanza no son dignos de su atención.» He ahí los sentimientos que excitaba en todas las clases respetables; se complacía en ello, y hacía más

(1) Le llamaba «su héroe de novela».

aún, dando á entender que, en sus aventuras de Oriente, se había atrevido á muchas cosas, y no indignándose cuando se le confundía con sus héroes. Un día dice: «Tendría curiosidad de experimentar lo que siente un hombre cuando acaba de cometer un asesinato.» Otro día escribe en su diario: «Hobhouse me ha contado un singular rumor, el rumor de que yo soy el verdadero Conrado, el verdadero corsario, y de que he hecho una parte de mis viajes sin testigos. ¡Hum! La gente anda á veces cerca de la verdad, pero no da en la verdad de lleno. Hobhouse no sabe en qué estaba ocupado yo al año de marchar él de Levante. Ni él, ni nadie... Sin embargo, es una mentira...; pero no me gustan esas mentiras que se parecen á la verdad.» Palabras peligrosas que se volvían contra él como puñales; pero él amaba el peligro, el peligro mortal, y no se encontraba á su gusto más que viendo brillar á su alrededor los dardos de todas las cóleras. Solo contra todos, erguido contra una sociedad armada, sin dejarse domeñar por las sugerencias de la sensatez, ni aun de la conciencia, entonces es cuando sentía en sus nervios tirantes la sensación grandiosa y terrible hacia la cual propendía involuntariamente todo su ser.

Una última imprudencia desencadenó el ataque. Mientras era mozo, habían podido disculparse sus excesos por ese ardor del temperamento demasiado fuerte que suele poner en pugna con el buen gusto y la regla á los jóvenes de ese país; pero el matrimonio los hace entrar en orden, y el matrimonio acabó de desbaratar á éste. Resultó que su mujer era una virtud, «una especie de modelo», que se citaba como tal, «una criatura devota de la regla», correcta y seca, incapaz de flaquear ni de perdonar. «Es cosa

rara (decía su criado Fletcher): jamás he conocido una dama que no supiese gobernar á mylord, excepto mylady.» Ella le creyó loco, é hizo que le examinasen los médicos. Al saber que disfrutaba de su razón, le abandonó, tornó al seno de su familia, y no quiso volver á verle nunca. Entonces el marido pasó por un monstruo. Los periódicos le llenaron de oprobio; sus amigos le instaban á no ir más al teatro ni al Parlamento, temiendo que le silbasen é insultasen. El furor y las torturas que ante ese asalto universal de ultrajes sintió un alma tan violenta, precozmente habituada á la gloria, no se pueden comprender más que por sus versos. Se irguió; fué á Venecia á sumergirse en la voluptuosa vida italiana, aun en la baja disipación, para insultar mejor á la gazmoñería puritana que le había condenado, y no salió de allí sino por una ofensa más censurada todavía, su intimidación pública con la joven condesa Guiccioli. A la vez se mostraba tan violentamente revolucionario en política como en moral. En 1813 escribía: «He simplificado mi política; ésta consiste ahora en aborrecer de muerte á todos los gobiernos que existen.» A la sazón, en Rávena, su casa era el centro y el arsenal de los conspiradores, y se preparaba generosa é imprudentemente á levantarse en armas con ellos para intentar la liberación de Italia. «Aquí quieren levantarse (escribía en su diario (1) y han de honrarme con una invitación. No faltaré, aunque no los creo bastantes en número, ni de bastante corazón, para hacer gran cosa; pero ¡adelante! ¿Qué significa uno mismo? Un hombre ó un millón de hombres, importa poco; lo que hay que difundir es el espíritu de la libertad. En tales ocasiones no proceden

(1) 1821.

los cálculos personales, y ahora no seré yo el que los haga.» Entre tanto tenía pendencias con la policía, su casa era vigilada, le amenazaba el asesinato, y, no obstante, todos los días montaba á caballo, é iba á ejercitarse á la pistola al pinar vecino. Son los sentimientos de un hombre que está á la boca de un cañón, esperando la descarga: la emoción es grande, hasta heroica, pero no dulce, y él, aun en ese momento de gran emoción, era ciertamente desgraciado. Nada más á propósito para envenenar la felicidad que el espíritu militante. «¿Por qué (escribe) me he pasado toda la vida más ó menos afligido de tedio?... No sé qué responder, pero me figuro que eso está en mi temperamento..., como también el despertar abatido, cosa que no ha dejado de sucederme desde hace varios años. La templanza y el ejercicio que he practicado á veces y durante mucho tiempo seguido, de un modo vigoroso y violento, apenas me servían de nada. Me valían más las pasiones violentas. Cuando estaba bajo su imperio inmediato, me sentía agitado y no abatido. En cuanto al vino y los licores, me ponen sombrío y salvaje hasta la ferocidad, aunque permanezco silencioso y solitario, sin humor pendenciero, si no me hablan. El nadar también me anima; pero en general estoy alicaído, y más alicaído cada vez. No hay que pensar en el remedio, porque yo no me siento tan aburrido como á los diez y nueve años. La prueba es que entonces me veía obligado á jugar ó á beber, ó á buscar una excitación cualquiera, si no quería hallarme en la situación de ánimo más desdichada... Ahora lo que más se apodera de mí es la inercia y una especie de desanimación peor que la indiferencia. Si salgo de ese estado, es para caer en accesos de furor.—Ultimamente entró Lega con una carta de Venecia referente á

una cuenta que yo creía pagada hacia diez meses. Me acometió tal paroxismo de furia que casi me desvanecí... Presumo que acabaré como Swift, es decir, que moriré primero por la cabeza, si no concluyo antes por accidente.» ¡Horrible idea, que le asedió hasta el fin! En su lecho de muerte, en Grecia, se negaba, no recuerdo por qué, á dejarse sangrar, y prefería acabar en seguida. Se le amenazó con la locura; se sobresaltó: «¡Adelante, verdugos!» y alargó el brazo. Entre esas explosiones y esas ansiedades pasaba la vida; la angustia sufrida, el peligro desafiado, la resistencia dominada, el dolor saboreado, todas las grandezas y todas las tristezas de la negra manía belicosa: he ahí las imágenes que necesitaba hacer flotar delante de sí. A falta de acción tenía los ensueños, y no se reducía á los ensueños más que á falta de acción. Al embarcarse para Grecia, decía que había tomado la poesía á falta de cosa mejor, que la poesía no era cosa para él. «¿Qué es un poeta? ¿De qué sirve? ¿Qué hace? Es un charlatán.» Auguraba mal de la poesía de su siglo, aun de la suya, diciendo que, si vivía diez años, se vería de él algo más que versos. Efectivamente: hubiese estado más en su puesto como rey del mar ó jefe de banda en la Edad Media. Salvo dos ó tres relámpagos de sol italiano, su poesía y su vida son las de un escalda transportado al mundo moderno, y que, en este mundo demasiado bien ordenado, no ha encontrado su destino.